

EL ECO DEL COMBATE

Semanario gratuito, órgano del Batallón 315, 3.º de la 79 Brigada Mixta (antes J. Arcas)

ALCAUDETE (Jaén) 13 DE JULIO DE 1937

AÑO I

NUM. 4

SUPLEMENTO

COMO SE CUBRE DE GLORIA UN BATALLON

Una brillante operación donde se toman por asalto las trincheras enemigas.



Quedan en nuestro poder dos ametralladoras, un fusil ametrallador, fusiles, municiones, ganado, etc.

Producto de una disciplina férrea, de infalible labor de Jefes, Oficiales y Comisarios, el Ejército del Pueblo, ese Ejército nacido de un sentimiento hondo y sentido, ya dando cuerpo estable a la formación de algo tan hermosamente hecho, que viene llamando poderosamente la atención en todo el área mundial, que esombrados miran y siguen la guerra española calificándola como el hecho más enconado y sangriento que registró la historia.

El mundo admira la entereza del pueblo español, que lo ha puesto todo en la pelea, sacrificando vidas, perdiendo la flor de su juventud, entregando carne inocente y perdiendo lo más preciado de su suelo en aras de la libertad, libertad a la que el capitalismo español ha puesto trabas, derrochando con su egoísmo materialista ríos de sangre, que el pueblo, en un arranque de valentía se ha juramentado vengar.

En atención a esa leal y sincera promesa del pueblo, en atención a todos los hombres que en sus pechos arden llamas de libertad de un confin a otro de Europa, España va poco a poco cumpliendo lo que voluntariamente se impuso el 18 de julio del pasado año, arrojando de su seno toda aquella podredumbre que ataba las ansias de unas voces justicieras que reclamaban el derecho del hombre por el hombre y la igualdad como símbolo a unas luchas que tuvieron como virtud la adecuada preparación de un pueblo que sabe hoy donde va y lo que quiere.

De esa Andalucía rebelde, de esa provincia sevillana, que sostuvo frecuentes y violentísimas batallas, contra aquellos opulentos terratenientes del campo andaluz que paseaban chulescamente mujeres por los propios ojos del trabajador derrochando dinero que no sabían ganar pero que habili-

dosamente arrancaban del sudor de los obreros mientras sus hijos no comían, salían los rudos y modestos campesinos de sus respectivos pueblos, ante el horror del fascio, para acoplarse a la zona leal, en busca de un fusil para la defensa de sus libertades que nadie podrá ya regatearle.

De esas afinidades, de esa militancia que rodó por cárceles y presidios, que sufrió los trallazos infames de la burguesía, se creó en los primeros instantes de la lucha, una corporación de hombres, que arrojando al peligro, porque se peleaba suicidamente, sin organización militar ni disciplina, corria campos y ciudades, arrollándolo todo a su paso y defendiendo cómo se entendía la voluntad del pueblo.

Pero lentamente, con convicciones arraigadas, con entero conocimiento de causa, con alto concepto de responsabilidad y disciplina, en la conciencia de aquellos rudos campesinos, se fué forjando la conveniencia de un Ejército que más tarde había de ser algo tan sublime que puede considerarse como la salvación de sus libertades. Con sus mandos superiores, que se acata y respeta cuantas órdenes emanan de su clara inteligencia y conocimientos militares, el Batallón compuesto de hijos del pueblo, perfenece honradamente a la 79 Brigada Mixta, cooperando como el que más a enaltecer y robustecer los altos mandos que en honor a la verdad merecen por sus constantes pruebas de antifascismo, la confianza de todos.

Por esta destacada superioridad, previo detenidísimo estudio y adecuada preparación, se dispuso la conveniencia de llevar a efecto un combinado plan de ataque, que habían de dar como resultados positivos, la conquista de unos objetivos de suma importancia para la marcha ascendente de la guerra. No hubo el más ínfimo detalle que se escapara a la vista del mando.

Todo organizado, sin escasear en absoluto los preparativos guerreros que la operación reclamaba, de esperar era que el resultado coronara triunfalmente los deseos de ese alto mando.

Distribuido a cada Batallón, su misión a cumplir, el joven Comandante de esta Unidad recabó para sí toda la responsabilidad que le competía al participar en el ataque. Y con la voz grave, de un militar ya cuajado y avezado en la pelea, con su característica personalidad creada a base de cariño con sus oficiales y soldados, que sabe bromear con todos y ser respetado a la vez, antes de la partida arengó a sus fuerzas que daban grandes gritos correspondiendo entusiasmados a la breve pero sentida y valiente peroración de su jefe.

En todos los rostros, se reflejaban destellos de entusiasmos, ansias de pelea, disposición de ánimo, y en la gravedad de la noche, cuando la semioscuridad cubre con su manto todos los campos y en la retaguardia descansaban los cuerpos de los otros hermanos fatigados por el trabajar diario, la caravana militar, con su mando a la cabeza, partió para el punto que de antemano tenía señalado. Ni el relucir del cigarro, ni una voz, ni nada que fuera motivo para poner en perspectiva al enemigo, se escuchaba. Solo reinaba el silencio y el pisotear de los caballos, que pareciendo comprender el momento, hacían lentas pisadas.

Y todos caminando por esos campos facciosos que apenas observarlos, porque sus tierras están semivirgenes y les faltan los brazos para el cultivo, el Batallón abraza la esperanza de apoderarse de todo para su cuidado. Allí, cuando el alba raya, los luceros apagan la brillantez de su luz, y los rayos claros de la mañana, esparcen su claridad sobre las montañas, se pueden divisar las avanzadillas del enemigo. Están enclavadas en

lo alto de unas sierras que a forma de hacha quedan cortadas y por tanto divididas y atrincherado el enemigo en sus dos partes. Estas extensas y elevadas sierras se denominan Santa Cruz. A su espalda duerme un pueblecito que parece haber perdido su alegría andaluza. No ladran los perros por los cortijos colindantes. Parece que hasta los canes huyen del terror faccioso. El enemigo no está alerta, lo que demuestra lo bien combinado del movimiento. Se prevee la sorpresa. Se impone el asalto. Cuando en esta preparación se estaba, rugen, braman, aullan aquellos malditos, al observar nuestra presencia. Y sus ametralladoras comienzan a vomitar con inusitada insistencia. No se amilanán los nuestros y con coraje de hombres curtidos en la pelea, se lanzan precipitadamente sierras arriba. El momento es emocionantísimo. La sierra cruje por sus cuatro costados. Silvan las balas en ruidos ensordecedores, arrancando los cañonazos polvo de las propias entrañas de la tierra. Las voces de nuestros jefes, comisarios y oficiales, se sucedían arengando a pelear: «¡Muchachos, a ellos!» «¡Por nuestra libertad!» «¡Por la libertad de España!» «¡Viva el pueblo!» «¡Venga la primera, venga la segunda, adelante la tercera, siga la cuarta!» Centelleaba en los ojos del combatiente la hora de la venganza. Aquellos soldados eran los mismos que por culpa de unos mandos incompetentes que vivían rellenos en los butacones de una Comandancia, sin más preocupaciones que vivir en opulencia y pasear en coche, habían mordido el polvo del fracaso, arrancándose los dedos a bocados, porque aquellos mandos, aquellos señoritos de nuevo cuño a costa del pueblo, no supieron o no quisieron hacer frente a la realidad de los hechos

que se debatían en los frentes ma-lagueños.

Lomas arriba, nuestros soldados despreciando la vida, sólo querían asaltar parapetos, destrozaron cuerpos facciosos enganchándolos en los picos de sus bayonetas. Era imposible contener aquella avalancha de hombres que decididamente iban por la sierra. Próximos ya al cuerpo a cuerpo, y por efecto de los bombazos de nuestros soldados, aquellos cobardes guardias civiles de triste recuerdo para el pueblo, acompañados de falangistas, requetés y soldados, hufan despavoridos y acobardados dejando sobre el terreno cadáveres y heridos.

Y como consecuencia lógica del fuerte empuje de nuestras fuerzas, dejaron en nuestro poder dos ametralladoras, un fusil ametrallador, veinticuatro fusiles, dos caballos, diez mulos, infinidad de cerdos, abundantísimo material de guerra y treinta y cinco prisioneros entre ellos un alférez y un sargento que fueron entregados en la Comandancia de la Brigada, siendo respetados y tratados con nobleza.

Nuestras fuerzas, dueñas ya absolutas del terreno, conquistado en las dos primeras horas del combate, y poseídas de alto espíritu combativo, dirigieron su ataque hacia el pueblo que dormía al pie de las sierras y sin tiros, porque hufan a la desesperada, se apoderó de Almedinilla entre grandes gritos de ¡Viva la libertad de los pueblos! Así mantuvo a raya su conquista el 3.º Batallón de la 79 Brigada Mixta (Arcas) hasta que el Alto Mando con clara visión de la guerra, supo ordenar la retirada, que hizo con bastante espacio de tiempo y tranquilidad.

Al felicitar al Alto Mando de la Brigada, por tan brillante, como bien organizada operación, lo hacemos extensivo al joven Comisario de la División y los componentes de aquel Mando, como así mismo al Jefe y Comisario de Guerra del Batallón los hermanos Arcas, Comisarios, Capitanes de Compañía, demás oficiales, clases y soldados, que respondiendo a las órdenes superiores, supieron cubrir y traspasar los objetivos que se les había señalado, repercutiendo el triunfo sobre aquél, que supo ser digno compañero, que fusil en mano entregó su vida en aras de la libertad y que se llamó Juan Arcas, que como símbolo acompaña su nombre a sus hermanos en esta cruenta guerra que provocaron los

generálotes del derrumbamiento de España en Marruecos y culpables de la ruina que se cierne sobre nuestro suelo.

Nuestra felicitación también a la valiente Compañía de Ametralladoras de este Batallón, que con un heroísmo sin precedentes en la Historia, se lanzaba a la pelea en esta brillante acción, poniendo en fuga desenfadada al enemigo numeroso y pertrechado que se asombró ante el empuje a pecho libre de estos soldados de la libertad y el progreso.

Y como final, nuestro aplauso a todos los Batallones que supieron cubrir también sus objetivos,

a los que alentamos para que fuertemente unificados, sin distinción de matices ideológicos, demos al traste con esa canalla facciosa, y resplandezca la ansiada victoria que todos deseamos.

Salud pues, y a la pelea, compañeros.

Que sirvan estas líneas también de tranquilidad para los pueblos que circundan estos frentes, a los que llevamos nuestro fraternal saludo de hermanos, y les animamos para que se tenga la suficiente serenidad en espera de que los que peleamos fusil al brazo les llevamos la tranquilidad y el reposo a sus hogares.

DE LA HORA DE LOS HOMBRES

¡ES NUESTRA TIERRA, ADELANTE!

¡Fuerzas pujantes de la Libertad! ¡Batallones gloriosos de la Independencia!...

El mundo humilde os saluda y el indiferente os admira, envidiándoos el «ultrapoderoso» y próximamente «ex».

...Tiemblen al conjuro de la pólvora los ilotas modernos, hijos de la Loba Mediterránea y de los Buitres Germánicos; tiemblen así los panegiristas de esos «superdioses» megalómanos, que rememoran la venida de los hunos... y hagámonosle ver lo que vale un trozo de esa nuestra tierra, de nuestra España del sudor y del trabajo...

¡Adelante por la tierra de nuestra entraña, la que nos vio nacer, y que nos vea morir con la virilidad del macho en celo que añora las robadas tardes de ámbar en horizontes de esperanzas eternas, bajo los cielos despejados!...

Adelante por un mentís al mundo que nos miró como hijos de la tradición y de la farándula del estoque...

Atruenen nuestras armas

los ámbitos del invasor. Purifiquemos a nuestro paso el terreno profanado.

¡Guerra! Guerra que por ser contra el traidor es santa. Guerra que ennoblece y dignifica. Guerra que es del pueblo y para él. Guerra que es el epílogo de una guerra milenaria. Guerra a los traidores, que por serlos, son profanos. Guerra...

Y en la gesta iniciada, con los pechos ahitos de venganzas, de dolores contenidos, de recuerdos de odios, arrollad, ¡oh, ejércitos invictos del pueblo!, arrollad lo que intercep-te vuestra marcha, que es el pasado de oprobio y de vergüenzas, de tiranía y de infamias, de chozas y de palacios en fiero contraste, de potentados y de humildes, de clases y de castas. ¡Arrollad, que así arrollais la «sangre azul», la sangre del veneno y del yuglo!...

¡Adelante sin desmayos por la tierra nuestra, Batallones indómitos del pueblo!

J. F.

Eran...

guardias civiles!

La historia de la España negra, es un cuadro de horrores, de sadismo, de infamias sin fin, cuyo marco lo ornamentan los fatídicos tricornos.

Este cuadro, roto por el mismo vendaval de iniquidades que la mala casta promovió, ha dejado al descubierto una media España nueva—que pronto será completa—, bella, libre, rica, sin guardias civiles, sin terratenientes, sin usureros y sin traidores acoplados en los destinos del país.

El lienzo del otro medio cuadro, del de la España negra, flota al viento sus jirones, se cae a pedazos porque lo carcome su misma polilla, está próximo a desmenuarse totalmente.

El marco de la España nueva lo ornamenta el proletariado español fusil al brazo, defendiendo la libertad y la paz del mundo. Y el lienzo representa una sociedad justa y perfecta, una sociedad que trabaja sin descanso por el bienestar de las generaciones futuras.

Y he aquí la gran perspectiva, el choque en fiero contraste. A un determinado número de hijos del pueblo, de conciencias férreas, de convicciones ineluctables, de ansias sublimes, que se juega la vida en una epopeya inenarrable, se aproxima un refuerzo considerable de guardias civiles, dispuestos seguramente a aniquilar a aquellos mismos a quienes antaño apaleaban a su antojo y sin exposición alguna, por determinismo de la burguesía.

Pero ¡oh, decepción de esa maldita casta! Los nuestros, al verlos llegar con el gran convoy, exclamaron con gritos extortóreos salidos de lo más profundo del alma:

—¡Son guardias civiles, son los esbirros de la España negra, son la maldición que siempre tuvimos los trabajadores, vamos a ellos, compañeros, a que no quede uno!

Y el odio de muchos años contra esa guardia tan incivil, se desbordó haciéndole huir como a las ratas.

Demostraron ser lo que siempre fueron: unos cobardes.

Eran... ¡guardias civiles!

Gráficas Castilla.- Martos

Hemos dejado de hacer dos números de nuestra publicación; nuestros lectores sabrán comprender el motivo. Pero entraremos al desquite de esta falta, con el número extraordinario que tenemos anunciado y que queremos que sea una cosa sorprendente.